

EL CATEQUISTA QUE SOÑAMOS

Beatriz Cadavid

PRIMERA PARTE EL CATEQUISTA QUE TENEMOS

Razón de ser de esta reflexión

Puede parecer poética esta forma de abordar un tema tan concreto y existencial como es el del catequista. Pero es la mejor manera de hacerlo, porque se trata de “soñar despiertos”: de intentar vislumbrar el catequista del futuro, a partir del que tenemos en el presente. Una larga experiencia de trabajo con catequistas de diversos sectores, será nuestro punto de partida y a la vez, el marco de referencia en que se apoyará nuestra propuesta.

Quien ha caminado “a pie descalzo” las sendas de la catequesis, logra conocer un poco la dura realidad del catequista en su pobreza a todos los niveles... A la vez que descubre sus valores, aspiraciones, etc., y sobre todo la tarea irremplazable que desempeña en su medio. El catequista es sin duda el elemento clave como portador de futuro: en sus manos está la posibilidad de dar a la catequesis y a la Iglesia misma el “rostro nuevo” que todos deseamos. Los esfuerzos renovadores a nivel de métodos, textos y recursos catequísticos, dependen de la comprensión y del manejo que él sepa darles. De aquí que sea el elemento prioritario de la acción catequística.

Son muchos los documentos de la Iglesia que hacen referencia a esta prioridad de la catequesis (DCG 108 y 115; LC 171; EN 44-73: CT 15; DP 1002). Muchos son los esfuerzos que por la formación de los catequistas se vienen haciendo; así lo demuestran los Institutos y Centros de formación que van surgiendo en las diferentes Iglesias; lo mismo las diversas actividades como encuentros, seminarios, etc., para capacitar catequistas. Sin embargo, a muchos lugares no ha llegado todavía con fuerza esta renovación. Parece que el catequista sigue siendo la persona sin importancia..., la que trabaja porque “le gusta” o no tiene más que hacer. Su nombre aparece en el último renglón de los planes pastorales.

Esperamos que en acontecimientos como este del Congreso Internacional de Sevilla, los catequistas empiecen a ocupar el lugar que les corresponde. Qué a las puertas del tercer milenio, y en este Vº Centenario, suene para ellos *su hora...*! Entonces, empezaremos a entrar con más certeza en el futuro, en la nueva sociedad que todos deseamos: ¡más cristiana, y por lo tanto, más justa y *más humana!*

Desde una experiencia vivida como clave de lectura

No es fácil describir la realidad actual de los catequistas por el amplio mosaico que presentan: desde el campesino humilde que apenas conoce el evangelio, aunque lo vive, hasta el profesor de aula que trata de comunicar su fe con argumentos filosóficos. Entre ambos existe una gama inmensa de catequistas imposible de describir con precisión. Sin embargo, una larga experiencia de trabajo con ellos, en distintos lugares de Colombia, nos ha permitido recoger algunos elementos comunes en todos, que pueden servirnos como *clave de lectura* de su situación. Será, desde luego, una visión muy particular, y por lo tanto, limitada; pero creemos que puede ofrecer elementos válidos para confrontar y ampliar el conocimiento de la situación de los catequistas en otras regiones.

Haremos la visión del catequista que tenemos desde algunas dimensiones de tipo existencial.

1. A PARTIR DE SUS MOTIVACIONES

Catequistas por ocasión

Trabajan por necesidad de un salario y de ser amparados por la Institución escolar. Realizan su trabajo por obligación más que por convicción. Las consecuencias de esta realidad son más perjudiciales de lo que se piensa, y constituye una de las principales causas de la deficiencia en la catequesis escolar; cada vez se hace más necesario el verdadero catequista, capaz de establecer el diálogo entre la fe y la cultura. Hay que admitir, por otra parte, que es el resultado de una situación de Concordato, no suficientemente valorado en sus causas y consecuencias. Todo esto se agrava con los problemas de la crisis económica y el creciente desempleo que sufre el país. Ser catequista puede ser la solución de un trabajo asalariado.

Catequistas por "devoción"

Son aquellos de "buena voluntad" que prestan sus servicios generalmente en las parroquias, con motivo de la Primera Comunión, Confirmación, etc. Ellos son la expresión del gran valor que tiene nuestro pueblo por la catequesis; lo hacen con entrega generosa en la convicción de que es un "gran honor" servir

a la educación de la fe de su pueblo. Pero como la mayoría carece de una preparación adecuada, los resultados son muy precarios; y en algunos casos se convierten en un verdadero obstáculo para llevar adelante una catequesis capaz de afrontar la religiosidad popular y las situaciones culturales que vivimos. Creemos que esta labor llevada únicamente por catequistas de "buena voluntad" ayuda a mantener un modelo de cristiandad ya superado que puede responder a los desafíos de la fe en el mundo actual.

Catequistas por vocación

Se encuentran en todas partes: en la familia, en la empresa, en la calle, etc. Son la expresión de la "multiforme gracia de Dios" desde el carisma profético del bautismo. Son pocos en cantidad, pero de mayor calidad por el espíritu que los anima. Cada día se siente más la necesidad de catequistas vocacionados, lo cual nos lleva a una pregunta tan importante como necesaria: ¿Por qué tan pocos cristianos logran desarrollar este carisma de la Palabra propio de su bautismo? Muchas respuestas pueden darse, pero creemos que en el fondo hay una sola: el desconocimiento y aprecio por la Palabra: no sólo escrita, sino escribiéndose en la realidad, aconteciendo en la historia y en cada persona por "ignorante" que sea. En la medida en que devolvamos al pueblo la Palabra y él logre descubrirla y "rescatarla", los catequistas serán más y mejores en el futuro.

Para lograr estos catequistas vocacionados es necesario crear espacios apropiados; lugares de diálogo y comunicación fraterna como las pequeñas comunidades que han surgido por todas partes, en las cuales la Palabra que emerge puede ser compartida, profundizada e inscrita en una memoria y tradición común. En ella se puede descubrir y reconocer más fácilmente el carisma del catequista de una manera efectiva y afectiva.

2. DESDE EL LUGAR QUE OCUPAN LOS CATEQUISTAS

Catequistas Re-conocidos

Lo son no tanto por su persona, su vida y su vocación, cuanto por su nombre académico, su prestigio, etc. Son los catequistas que "pasan el examen" de la institución y las convenciones sociales. Como están apoyados únicamente en el lugar social que tienen, los resultados de su acción no son muy claros; muchas veces el Evangelio queda relegado a un segundo plano y sin esta Palabra es imposible hablar de catequesis. Esto es explicable porque el catequista, como cualquier ser humano, está sometido a la tentación del poder... Esta realidad nos hace estar atentos ya que no siempre los re-conocidos por los hombres son los escogidos por Dios. Aludiendo a esta clase de catequistas dice San Pablo citando la Escritura: "Haré fallar la sabiduría de los sabios y echaré abajo las razones de los entendidos". Y más adelante añade: "Dios ha elegido lo que el mundo tiene por necio" (1 Co 11-27).

Catequistas Des-conocidos

“Levadura en la masa” que ha ido configurando la fe de nuestro pueblo. Entre ellos ocupa el primer lugar, la madre de familia en cuyo regazo el hombre aprende a decir “Dios” porque lo siente... Y tantas otras mujeres maestras y catequistas a cuya labor se debe en gran parte la fe de nuestro pueblo. Pero este gran aporte femenino ha tenido su contrapartida: la catequesis asociada a la mujer ha sufrido la misma minusvaloración que ella sufre en muchas sociedades y culturas machistas. La Iglesia del futuro será tanto más comunidad cristiana, cuanto mayor sea su capacidad de reconocer esos catequistas des-conocidos que viven su fe en la cotidianidad de la vida. Hombres y mujeres capaces de compartir, de dialogar, de iluminar con la Palabra el duro caminar de nuestro pueblo. Personas anónimas, que sin reconocimiento alguno, realizan en su vida lo que el nombre de Catequista significa: ¡educador de la fe!

3. EN LA CONCURRENCIA DE DIFERENTES MODELOS

Para ser fieles a la descripción de nuestros Catequistas, es necesario considerarlos también desde los diversos modelos en que ellos se forman. Bien sabemos que los modelos se dan al ritmo de las situaciones que la Iglesia va viviendo en las distintas épocas y momentos. En cierto sentido la historia de la catequesis no es otra cosa que una sucesión de modelos con mayor o menor duración, según las circunstancias. En Colombia, por la velocidad del cambio y las difíciles situaciones de estos últimos años, los modelos se han dado con tal rapidez, que no sólo ninguno de ellos se ha agotado, sino que hoy vivimos en una coexistencia conflictual de los mismos. No es fácil describir con precisión estos modelos, pero a manera de “síntesis tipológica” señalaremos los más significativos.

El tradicional

De pedagogía magistral

Con énfasis doctrinal y preocupación por los catecismos. Satisface una necesidad de seguridad en la precisión de las verdades y en la uniformidad de la fe, que favorece una “catequesis dogmática”, cuyos resultados todos conocemos... El Catequista de este modelo es el hombre de los contenidos y del saber.

El existencial - antropológico

De pedagogía dialogal y grupal. Con buen empleo de los medios audiovisuales y de las dinámicas de grupo. Hace un uso renovado y moderado de los catecismos y se mantiene abierto a las nuevas modalidades de grupos y comunidades cristianas.

El Catequista en este modelo es fundamentalmente un *animador*. Alguien centrado en su grupo y en las necesidades de las personas a las que acompaña.

El liberador - solidario

Con pedagogía de encarnación. Con un fuerte acento histórico y social, desde un compromiso con el pobre. Se desarrolla a través de una praxis profética iluminada por la Palabra y la doctrina social de la Iglesia.

El catequista de este modelo, tiene un *talante profético y evangelizador*. Su necesidad y su impulso viene de las carencias de su pueblo.

El neo-catecumenal

Centrado en la Palabra. Con un fuerte acento en la conversión personal y en la creación de la comunidad. Intenta ser el camino de la iniciación cristiana a la manera de los primeros siglos de la Iglesia.

El Catequistas en este modelo es un *enviado de la comunidad* a la que pertenece, para dar testimonio de su experiencia de conversión y para construir comunidades que se integren en ese mismo y único camino catecumenal.

4. LOS MODELOS: UNA REALIDAD COMPLEJA

La concurrencia de estos modelos, desde el paradigma eclesiológico de Medellín, madurado en Puebla, y ahora en Santo Domingo, es una realidad compleja con serias implicaciones teológicas y pastorales que no es nuestro propósito analizar aquí. Pero en la descripción que venimos haciendo conviene señalar algunas cuestiones claves para el proceso de formación de los catequistas y la renovación de la catequesis:

- Los modelos son expresión del necesario pluralismo de la Iglesia y de la diferente percepción de sus necesidades.
- Cada modelo ofrece una posibilidad de referencia e identificación de la fe de muchos cristianos, los cuales están hoy más que nunca necesitados de apoyo y seguridad. Sobre todo, a quienes no les ha llegado el cambio renovador, encuentran en un determinado modelo el espacio para expresar su fe y salir del anonimato.
- Identificarse con un determinado modelo o grupo es también, muchas veces, hacer una opción consciente y asumir un compromiso, lo cual revela una mayor maduración de la fe.

Paralelamente a estos elementos válidos de los modelos, hay que señalar

otros que aparecen como verdaderos retos y desafíos, tanto para la formación de los Catequistas como para el futuro de la Iglesia. Son fuertes interrogantes entre los cuales queremos señalar algunos:

¿En qué medida puede una Iglesia particular, en esta concurrencia de modelos, trabajar por una misma meta y objetivos pastorales?

¿Sobre qué tipo de cristiano se trabaja y se gesta el futuro de la misma Iglesia?

¿Cómo evitar la confusión que crea esta concurrencia de modelos en los cristianos poco preparados que son la mayoría?

¿Cómo afrontar, dentro de una sana emulación el riesgo de la "competencia" que se genera entre los diversos modelos, y el desconcierto que producen en los de fuera, incapaces de comprender esta realidad?

En busca de una respuesta

Estos y muchos interrogantes surgen en un trabajo con Catequistas quienes, a su vez, se encuentran cuestionados por una situación que no logran comprender. Acostumbrados como están a "una sola Iglesia", con un mismo estilo de vida..., su desconcierto llega hasta la deserción. A esto se suma muchas veces, el estado de dispersión y confusión en que se encuentran por carecer de una fuerte vinculación a la comunidad parroquial, y sobre todo a un plan global de pastoral capaz de unificar actividades y movimientos en un mismo objetivo, lo cual garantizaría la continuidad y la unidad cara al futuro.

Una luz orientadora

No podemos negar que la situación del Catequista es reveladora de una situación de Iglesia y sobre todo, de la manera como se conciba la catequesis. Cada vez es más urgente volver a tomar conciencia de que la Iglesia nace de la palabra y que su razón de ser es la de evangelizar. "Esta es su vocación propia y su identidad más profunda" (EN 14). Desde esta perspectiva, la catequesis es realmente el "momento privilegiado" del proceso de evangelización, a través del cual la Iglesia misma se construye anunciando en el mundo el evangelio el reino.

La Iglesia Latinoamericana viene gestando, desde hace muchos años, a partir de Medellín, una "Nueva Evangelización", que con motivo del Vº Centenario, ha tomado la fuerza de un proyecto y de una llamada más fuerte de renovación. Esta llamada para la catequesis, tiene tres aspectos claves a través de los cuales es posible ir gestando el Catequista del año 2000.

- Una nueva manera de Evangelizar que llegue a catequizar...Lo cual implica
- Un nuevo Catequista: *Evangelizador*; que sólo puede surgir a través de
- Una nueva experiencia del *Evangelio*. Palabra encarnada y encarnándose...!

5. NUESTRA PROPUESTA

Desde la perspectiva de la Palabra que se hace hombre en cada Catequista, queremos presentar nuestra propuesta y utopía, que llamaremos "*catequista-palabra*". Palabra ante todo de fe que anuncia el Evangelio de una manera nueva. Palabra que surge del ser mismo de hombre y de mujer de una manera cualificada. Palabra de una comunidad de fe que hace memoria de Jesús, en lo que vive y en lo que celebra. Palabra que propicia una nueva experiencia del Dios de la vida. Palabra en todo caso llena, dinámica y esperanzada!.

Este es el Catequista que soñamos y que necesitamos. Esta es la utopía por la que trabajamos apresurando el futuro posible que ya empezó y continúa encarnándose en tantos hombres y mujeres, Catequistas sin nombre que van construyendo el mañana.

Esta es la esperanza que jalona nuestra vida en un dinamismo creador hasta ver "el cielo nuevo y la tierra nueva" creados por el nuevo Catequista: Palabra encarnada en la realidad de una historia y de un pueblo a través del cual él realiza su *Proyecto de vida*.

SEGUNDA PARTE EL CATEQUISTA QUE SOÑAMOS

CATEQUISTA PALABRA

Su vocación original

Muchos nombres le hemos dado al catequista a través de la historia: Servidor de la Palabra, Educador de la fe, Enviado de la Comunidad; y tantos otros que hacen referencia a su misión con relación a la Palabra. Ella es, en efecto, el origen y la meta de su *ser* y de su *hacer*. Recordemos que catequizar en sentido etimológico, no es otra cosa que "hacer resonar" la Palabra que ha sonado y acontecido en la persona del catequista. La experiencia de Pablo y su vida toda, es tipológica al respecto: "Pero al que me había elegido desde el seno de mi madre y me llamó por su amor, le gustó revelar en mí a su Hijo para que lo anunciara entre los pueblos paganos". (Ga 1,15-16).

A partir de entonces, Pablo el pagano, empieza a ser Pablo el cristiano, el

Apóstol de Cristo. Su vida toda está comprometida en la Palabra, ha hecho de ella su proyecto de vida. Vive al ritmo de una fuerza irresistible que lo impulsa desde dentro: "¡Ay de mi si no evangelizare!" (1 Co 9, 16). La Palabra se ha encarnado en él de tal manera que ha potencializado su ser cualificándolo para este servicio. Es poseedor de un carisma, de una unción que acompañará siempre sus palabras, dándole la fuerza necesaria para producir el *eco* en el cual resuena y acontece la palabra en las demás personas.

Esta verdad, tan elemental por "sabida" teológicamente, no siempre lo es en la vida del catequista y en la acción pastoral de la comunidad. Sin embargo, en ella descansa la eficacia de su acción; por eso, todo tratamiento que de él se haga depende de la relación que ocupe dentro de la pastoral de la Palabra. Es él un elemento constitutivo de la Iglesia misma que nace de la palabra y que crece y madura mediante una acción catequística.

1. PALABRA CRISTIANA

Parece superfluo afirmar que la palabra del Catequista es ante todo la de un hombre que cree en Jesús. Pero si miramos más de cerca la vida y la acción de muchos cristianos, incluidos los Catequistas, esto no resulta tan fácil porque su fe descansa más en ritos, obligaciones y creencias propias de una religiosidad popular gestada en la misma cultura nuestra; difícilmente purificada y orientada a pesar de los esfuerzos actuales. Podríamos afirmar que muchos de nuestros Catequistas son más "religiosos" que cristianos. Probablemente, la primera tarea que tenemos con ellos es des-religiosizarlos, a través de un proceso de conversión que los lleve a una fe en Jesús desde la cual se vive la verdadera religión: aquella para la cual están llamados a proclamar, enseñar e instruir.

Palabra de fe

La palabra del Catequista es fundamentalmente una palabra de fe: de adhesión a Jesucristo, a su Iglesia que guarda su memoria y su tradición actualizando siempre ese Jesús que permanece vivo entre nosotros. Vale la pena entonces preguntarnos: ¿Qué significa creer en Jesús? No es fácil la respuesta pero creemos con J. Burgaleta que más allá de una adhesión intelectual está toda una actitud de vida:

Quando creemos en Jesús aceptamos, a la vez, un modo de vivir, adquirimos una sabiduría que nos revela lo más profundo del mundo...El misterio de Jesús, con menor intensidad y a otro nivel se repite en cada hombre... Al creer en Jesús creemos también en lo que hoy está aconteciendo en nosotros, creemos en la acción que Dios está realizando en nuestra historia. Por eso, cuando creemos en Jesús aceptamos hoy la salvación no como un hecho pasado sino como una acción poderosa de Dios que se desarrolla tal como se nos ha revelado en la existencia histórica de Jesús.

Palabra Pascual: desde su experiencia muerte-vida

La fe como toda actitud, surge de una experiencia de Dios. Sin entrar a analizar el significado de esta expresión, es necesario recordar que el Dios en el cual creemos es en el Dios de Jesús que no perdonó a su Hijo la muerte de cruz. Todos, en El, hemos de pasar por ella; pero lo importante no es tanto la muerte definitiva cuando las “muertes cotidianas”, los pasos que vamos dando hacia una nueva situación del hombre viejo al hombre nuevo, del Catequista de los contenidos al Catequista de la relación; del Catequista de la doctrina al Catequista de la experiencia, y del Catequista de la profesión al Catequista del Evangelio, y tantos otros pasos que constituyen su Pascua a través de muertes cotidianas.

El primer “certificado” que habría que exigir al Catequista para su servicio, sería el de su “*pascua*”, el de la vida que ha surgido en él a través de su muerte pedagógica. Certificado que nadie puede expedirle fuera de su propio corazón donde permanece su experiencia, aquella Palabra que lo ha atravesado en forma de rechazos, contradicciones, soledades y sentimiento de impotencia que acompaña también al profeta.

Cada Catequista tiene “*su hora*”, su momento de dar a luz la Palabra, en un dolor que no puede evadir. Como el Bautista, tendrá que decir: “es necesario que él crezca y que yo disminuya” (Jn 3,30). Por eso el Catequista que soñamos será aquel que sabe apuntarse a la muerte porque se apuntó a la *¡vida!* Este es el que necesitamos, no para el futuro, sino para ahora cuando la vida ha perdido su valor y su sentido, y se ha hecho imposible para tantos. El Catequista del futuro tiene que empezar a surgir ahora, a la manera de Jesús que dijo: “He venido para que tengan vida y la tengan en abundancia” (Jn 10,10).

Palabra de testigo

La experiencia cristiana del Dios de la vida que acompaña al Catequista es definitiva para su tarea: “¿En el fondo, hay otra forma de comunicar el Evangelio que no sea la de comunicar a otro la propia experiencia de fe?” (EN 46). En efecto, el testimonio del Catequista es esencial para la eficacia de la Palabra: No basta una buena enseñanza sobre el Evangelio, es preciso *presentizar* ya la realidad anunciada, para que sea creíble. Por ello el testimonio no es una simple ayuda o exigencia ética en el Catequista; es un elemento constitutivo de su misión.

Hay, además, un elemento de tipo cultural que hace más necesario aún el testimonio del Catequista y al cual hace alusión Pablo VI cuando dice: “...el hombre contemporáneo escucha más a gusto a los que dan testimonio que a los que enseñan; o si escuchan a los que enseñan es porque dan testimonio”. (EN 41).

En una palabra, Catequista testigo es el que muestra con su vida la verdad que enseña. Al que le *basta ser* para llegar a convencer; el que da razón de su esperanza sin otra razón que su propia vida. Y ¿Por qué no decirlo?, el que todos deseamos y difícilmente encontramos; y cuando lo encontramos nos estorba y hasta lo matamos... Por eso soñamos con un Catequista-Testigo porque cada vez lo necesitaremos más. Es San Juan, en último término, quien nos dice el verdadero sentido y exigencia del testimonio: "Lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que contemplamos y tocaron nuestras manos acerca de la Palabra de Vida, y nosotros la hemos visto y damos testimonio". (1 Jn, 1,1). He aquí la exigencia y sello de garantía que debe acompañar al Catequista para la eficacia de su labor.

2. PALABRA DE LA COMUNIDAD

La palabra del Catequista hunde sus raíces en la de la comunidad eclesial con una historia que arranca desde el grupo de Jesús y sus apóstoles hasta nuestros días, atravesando todos los avatares de la historia. Pero esta Iglesia universal y a la vez lejana para él es su propia Iglesia, la que lo ha engendrado en la fe y en la cual está inscrito; por eso su palabra, es en primer lugar, la de la comunidad llamada Iglesia. Pero para la mayoría esa Iglesia es una realidad vaga y genérica y carente de un sentido de pertenencia, de aquí la necesidad de una comunidad pequeña, estable y de relaciones que permitan una palabra de persona a persona, capaz de iluminar, acrecentar y madurar la fe en grupo. Hay que reconocer que en el marco eclesial la pequeña comunidad llamada parroquia, está lejos de propiciar esta experiencia de la palabra. Creemos que sólo una Iglesia, comunidad de comunidades, puede realizar una auténtica catequesis y generar en ella verdaderos catequistas.

De la comunidad...¿ esta comunidad

La Iglesia se concretiza y aparece como signo y sacramento de salvación en el pequeño grupo que se reúne en torno a la Palabra. Es en esta Iglesia donde la salvación se hace posible y visible, como bien nos los muestran las primeras comunidades cristianas:

Acudían asiduamente a la enseñanza de los Apóstoles, a la comunión, a la fracción del pan y a las oraciones...Todos los creyentes vivían unidos y tenían todo en común...Con un mismo espíritu partían el pan por las casas y tomaban el alimento con alegría y sencillez de corazón. Alababan a Dios y gozaban de la simpatía de todo el pueblo (Hch 2,42-47)

Esta primera comunidad en la que se identifica realmente el ser y el hacer de la Iglesia, sigue siendo el marco de referencia de toda comunidad cristiana; sin olvidar que en esa enseñanza de los apóstoles como experiencia testimoniada y proclamada, siguen haciendo a través del Catequista la Iglesia. Ella es no

sólo el origen sino la meta de la Catequesis, y en tanto se mantenga la relación comunidad-catequesis la identidad de ambas se salvará.

En la actualidad, conviene identificar esa pequeña comunidad con unas características que favorezcan la acción del Catequista a la vez que lo orienten y dinamicen:

- Grupo de talla humana, volcados más hacia los otros que en sí mismos...
- De identidad cristiana, en actitud de escucha de la palabra y en comunión con otras comunidades de la parroquia y de la iglesia universal.
- Que ha asumido el programa de Jesús sintetizado en el mandamiento del amor y de las bienaventuranzas.
- Que expresa su fe en Jesús, ora y celebra paso por paso el acontecer de Dios en la historia, como acción salvífica en medio de su pueblo.
- Que se compromete en la realización del Reino de Dios, un Reino de verdad, justicia y libertad que se hace cada vez más urgente, más presente en esos mártires y grupos que luchan por la causa de Jesús; y a la vez más ausente en estructuras hechas sin tener en cuenta al hombre.

Las comunidades eclesiales de base son la nueva Iglesia que empieza a germinar en América Latina, y que aún en medio de los conflictos y sospechas..., son, sin duda, el signo de que algo nuevo está naciendo en la Iglesia de este pueblo; y hay un nuevo Catequista que también está surgiendo en ella. Con una tarea tan antigua como nueva, la de la iniciación cristiana porque es aquí justamente donde está la mayor urgencia y necesidad de nuestras comunidades cara al futuro.

Palabra iniciática

Como su nombre lo indica, es una palabra de iniciación a la comunidad, a su lenguaje, a sus signos, a su estilo de vida, etc. Estar introducido no es otra cosa que ser parte de esa comunidad en la cual su hacer construye la misma comunidad. No podemos olvidar que la catequesis se perfila definitivamente con los Padres de la Iglesia en la preparación del bautismo, confirmación y Eucaristía. No creemos necesario recordar toda la historia del catecumenado de la Iglesia primitiva, pero sí es urgente preguntarnos: ¿Cómo se puede ser cristiano realmente sin esta iniciación?.

Creemos que esto es una *tarea pendiente* en el proceso de evangelización y catequesis de nuestras comunidades. Basta mirar la forma como viven y expresan su fe muchos cristianos nuestros bautizados y confirmados que

celebran la Eucaristía. Los sacramentos no pasan de ser meros ritos, y por lo tanto, no inciden en su vida. Vale la pena entonces, recordar las *funciones de la Iniciación Cristiana*, como otros tantos objetivos de la misión del catequista en el futuro:

- Facilitar la adquisición de la identidad cristiana, mediante la cual, llega a percibirse como un *seguidor de Jesús*.
- Incorporar al iniciado al Pueblo de Dios, como "Comunidad de Comunidades".
- Introducir al Misterio Cristiano, y desde él al Dios de Jesús y a la vida nueva del Espíritu.
- Transmitir un lenguaje en el que se expresa la experiencia religiosa cristiana.
- Propiciar la conversión al Evangelio, a partir de la cual se da "una manera de estar en el mundo".
- Presentar la historia como "presencialización" del Reino de Dios. El iniciado es un comprometido con la historia "como lugar de Salvación".

Catequista del futuro: aquél que "saldará" la deuda de una Evangelización interrumpida e incompleta... Aquel que "*catequiza Evangelizando y Evangeliza catequizando*".

Palabra ecuménica

El Catequista como Palabra encarna, vive y participa desde su comunidad del proceso histórico de la humanidad, que se haya hoy en "un período nuevo de su historia caracterizada por cambios profundos que se extienden al universo entero". (GS 4). El proceso de unificación de toda la humanidad avanza cada vez más debido a los adelantos de las ciencias y de los medios de comunicación. Hoy existe entre los pueblos un sistema de mutuas dependencias. Ha surgido una nueva conciencia planetaria en el corazón de todas las culturas, y aunque todavía no todas gozan o participan de estos beneficios...es un hecho que el mundo es cada vez más unitario.

El catequista del futuro será sin duda un hombre planetario y transcultural. Su acción ha de vibrar en todas las dimensiones del hombre y a la vez invadir todo el cosmos que lo rodea. Nuestra fe no se agota en ninguna expresión o signo convencional, ella es ante todo, *vida*, movimiento. De ningún modo es un "lugar de llegada", sino más bien una manera de peregrinar al ritmo del espíritu que actúa en todos y en cada uno de los seres humanos.

En la Redemptoris Missio encontramos más claramente lo que se afirma:

Es también el Espíritu quien esparce las semillas de la Palabra presentes en los ritos y culturas y las prepara para su madurez en Cristo. Así, el Espíritu que sopla donde quiere...y llena el mundo y todo lo mantiene unido, nos lleva a abrir nuestra mirada para saber discernir su acción en todo tiempo y lugar (RM 28-29).

La Catequesis ecuménica será la que descubra en los otros grupos religiosos aquello que nos une más que lo que nos separa.

Una Catequesis más preocupada por anunciar el Evangelio que por explicar una filosofía religiosa...Que no le tema a los avances científicos de hoy, para que conociéndolos sea capaz de integrarlos en la fe superando todo dualismo, y así Cristo sea todo en todo. Una Catequesis capaz de distinguir lo esencial de lo accidental; sin sentirse poseedora de toda la verdad en todo tema. Una Catequesis con algunas respuestas y muchas preguntas...Una Catequesis tan humilde como la Verdad; porque al fin y al cabo "a Dios nadie lo ha visto jamás". El se revela a quien quiere sin condición de raza, lugar, religión y tiempo.

3. PALABRA PARABOLA

¡Ser parábola! He aquí otra manera de definir al Catequista. Más allá de ser un narrador de las parábolas del Reino, él las vive, las hace presentes en su vida, como un signo capaz de confirmar con hechos la realidad que anuncia. El Catequista parábola no sólo conoce esos relatos cortos preñados de sabor a Evangelio, sino que él mismo convierte su vida en una parábola. Su historia es entendida, como una parábola realizada por el Espíritu en el decurso del tiempo, a través de su acción catequística. Sus actitudes, gestos y palabras hacen visible y posible el misterio del Reino que anuncia. El Catequista parábola revela en alguna manera, la vida de Jesús.

La idea es sugestiva, pero está cargada de consecuencias si recordamos el sentido de las parábolas y lo que ellas producían en los oyentes: desconcierto, asombro, contradicción...ante la propuesta que Jesús hacía a sus seguidores. Catequista parábola es: propuesta, enigma, pregunta, en medio de la gente. A la vez sentirá, como el mismo Jesús, la incompreensión y el rechazo porque no es fácil aceptar el mensaje propuesto. El mismo Jesús muy bien lo dijo: "...porque no a todos les he dado a conocer los misterios del Reino".

Palabra inculturada

La parábola es sin duda una de las formas más bellas de inculturación que empleó Jesús como auténtico Maestro que era. Partió de la cultura de su pueblo, de su vida, sus costumbres y sus valores para que su mensaje fuera más

fácilmente comprendido y aceptado.

La vocación y carisma del Catequista consiste precisamente en su capacidad creadora para anunciar el Evangelio transformando la cultura “desde sus raíces más profundas”. Este proceso de inculturación es su tarea primordial y hoy se la considera como una exigencia aguda y urgente. De aquí que muchos pastoralistas estén abordando el tema desde diferentes ángulos. R. Viola, dice al respecto:

En pastoral en las últimas décadas se asumió el término “inculturar” para expresar el proceso por el cual el mensaje de la fe, es difundido y encarnado en una cultura, se expresa con los elementos culturales del grupo humano, los purifica de los aspectos deshumanizantes y vitaliza con nuevos valores a la cultura misma. Así la cultura es enriquecida y a su vez enriquece a la fe con nuevas expresiones (Rev. Medellín Vol 16, 61 (1990)).

El Catequista en este proceso de inculturación se sumerge también en la historia de su pueblo, en la vida de la comunidad tejida en los acontecimientos cotidianos, y en las personas que lo rodean para realizar más fácilmente el diálogo entre fe y cultura. Porque, como dice Juan Pablo II: “Una fe que no se hace cultura, es una fe que no ha sido plenamente recibida, no enteramente pensada...no fácilmente vivida...”.

El Catequista incultura la fe a través del lenguaje apropiado en el anuncio de los signos cargados de vida en la celebración, y de un estilo de vida a la manera de Jesús que pasó por uno de tantos, asumiendo así la cultura de su pueblo.

Palabra solidaria...que libera

La palabra del Catequista es también una palabra que libera. Al igual que Pablo ha experimentado la libertad del Espíritu de Jesús que lo liberó de la ley cultural y cultural; de la muerte y del pecado que llevaba también consigo la cultura. Así, el Catequista con su palabra y su actitud es capaz de afirmar, como Pablo, lleno de convicción: “Donde hay un cristiano, hay una humanidad nueva...existe algo nuevo” (2 Co 5,17). Más aún, existe la posibilidad de continuar hoy la misión de Jesús:

El Espíritu del Señor sobre mí, porque me ha ungido para anunciar a los pobres la Buena Nueva, me ha enviado a proclamar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos, para dar la libertad a los oprimidos y proclamar un año de gracia del Señor (Lc 4,18-19).

El mensaje de Jesús va entonces dirigido a la persona en su liberación integral; nada humano es ajeno a su palabra porque vino a revelarnos el Dios

Padre que cuida de la vida de sus hijos en todas sus dimensiones. Más que poseer una doctrina estructurada, Jesús posee una fuerza liberadora en sus hechos y en sus palabras, la misma que ha de poseer el catequista en cada una de sus palabras. La palabra del catequista presentará entonces el amor del Padre y nuestra identidad de hijos. La fraternidad universal basada en el Evangelio. El sentido del hombre y nuestro compromiso con la historia.

Ha de ser una palabra solidaria y liberadora. Ha de denunciar anunciando; ha de anunciar denunciando a su vez. No puede ser palabra egoísta o clasista ni menos aún defensora del orden injusto establecido. En las proclamas de los profetas del A.T. encontramos un modelo diciente.

El catequista del futuro será aquel inmerso en la realidad social y económica, para presentar un modelo de ciudadano cristiano como soporte para su tarea de evangelizador Catequista. Si bien el Evangelio no es una técnica, sí pide la visión total del hombre y del mundo. La palabra del Catequista no puede hablar de resignación cuando existen soluciones posibles y a corto plazo... Señalará acciones simples, acompañará a las comunidades en sus programas de desarrollo iluminándolas desde el Evangelio. Se sentirá hermano de todos, en especial de los más necesitados. Para el Catequista de América Latina no basta ser "la voz de quienes no tienen voz". Esto es muy poco. Será quien enseñe, a la manera de Jesús, a decir al pobre su propia palabra. A clamar por la justicia y a construir un orden nuevo. Pero esta labor no puede realizarla una sola persona. Es preciso construir el grupo cristiano de Catequistas que vayan transformando su entorno social a la medida del Evangelio.

Palabra portadora de Esperanza

Bien sabemos que el Catequista-palabra proclama y enseña lo que lleva en su ser de cristiano y mensajero del Evangelio. Tal vez el mensaje más urgente en el momento actual sea el de la esperanza, pero no como algo predicado sino como respuesta y promesa posible de cumplirse.

La dureza del presente y la magnitud de los desafíos, lejos de desalentarnos, nos exigen vivir un proceso de conversión, continuo y esperanzado. Desde el día de nuestro bautismo somos criaturas nuevas, corresponsables en el camino hacia un cielo nuevo y una tierra nueva (SD 557).

Al mirar la tierra Latinoamericana regada con la sangre producida por la violencia, sentimos con más fuerza la necesidad de una tierra nueva y de un pueblo nuevo; un pueblo capaz de "esperar contra toda esperanza".

Tal vez la mayor tragedia que estamos viviendo es la del "horizonte cerrado". No hay caminos abiertos para el pobre... No hay sentido de la vida para el rico. Sin embargo, América Latina es llamada "el Continente de la Esperan-

za", y en verdad que lo es, no sólo por sus reservas naturales abundantes, sino por sus reservas humanas capaces de un sentido de trascendencia. Aunque todos los caminos estén cerrados, hay una paciencia histórica hasta el momento inagotable...Paciencia que a la vez cuestiona nuestra catequesis porque muchas veces se confunde con resignación, o se mantiene en la falsa caridad del paternalismo.

El Catequista de hoy y de mañana tiene un desafío que no puede eludir: *ser portador de Esperanza* para que su mensaje sea cristiano realmente; porque, en definitiva, de lo que se trata es de "saber dar razón de nuestra esperanza" y de mostrar con la vida el sentido escatológico del Reino; desde la dialéctica del *ya* y *del todavía no*. El Reino seguirá siendo el eje central de toda catequesis como lo fue en Jesús. Las bienaventuranzas no son otra cosa que el programa para realizar ese Reino; la fuente dinamizadora de la Esperanza porque nos hace vivir desde ahora la felicidad que todos esperamos.

Aquí es necesario distinguir entre espera y Esperanza. La primera es apenas una expectativa de futuro sin un compromiso personal como lo exigen las bienaventuranzas, atento sólo a la realidad por venir. La segunda, es una virtud teologal por lo cual apoyamos nuestro futuro en el Dios de la historia, en Jesucristo, vencedor del mal y de la muerte. Entonces el cristiano se convierte a la esperanza; se compromete en la construcción del mañana. Comprende que muchas realidades que vendrán están sujetas a nuestro actuar de hoy.

Palabra portadora de esperanza es la que coloca en nuestra historia la persona de Jesús muerto y resucitado. La que nos ayuda a descubrir el sentido de una historia en espiral, donde todo posee una fuerza ascendente, así nuestros ojos no lo descubran a primera vista. Ante la situación concreta de América Latina es urgente un profetismo cargado de Esperanza que despierte nuestras capacidades de superación. Qué anime a las comunidades. Qué señale, así sea desde lejos, la Tierra Prometida.

Este profetismo encarna el compromiso del Catequista desde la esperanza cristiana. Entonces su mensaje será positivo, aunque no ingenuo. Alegre sin infantilismos; convincente sin manipulación. Pero sobre todo ¡cristiano!

4. PALABRA PEDAGOGICA

El Catequista posee un rasgo esencial que lo define: su competencia pedagógica. El es fundamentalmente, un educador ya que la catequesis es considerada como "la educación ordenada y progresiva de la fe". Esto nos remite a esa habilidad de la comunicación y a esa paciencia del acompañamiento, lo que también podría llamarse "paideia", o con más actualidad "procesos de inculturación". Esta expresión es bien lograda y señala algo definitivo en la Nueva Evangelización; pero el *cómo* de las muchas exigencias le queda al

pedagogo. El Catequista debe ser pues un pedagogo. Alguien capaz de acompañar los procesos de fe que desencadena la Palabra cuando re-suena en el corazón humano desde su cultura.

Como pedagogo de la fe de un pueblo, la palabra del Catequista tiene más de sabio que de especialista; más de artesano que de profesional; más de maestro que instructor.

Palabra de sabio

Para comprender un poco quién es el sabio es necesario acudir a toda esa corriente bíblica de la sabiduría en Israel. Desde allí podemos descubrir mejor este carisma del Espíritu, que da al Catequista un perfil espiritual y una postura singular ante las cuestiones fundamentales de la vida. A grandes pinceladas podríamos describir el sabio así:

- Hombre del pueblo sin títulos ni servicios oficiales...
- Dotado de una clarividencia especial; de mirada penetrante y palabra certera.
- Hombre meditativo que sabe descubrir la verdad de la vida en los hechos cotidianos.
- Ha aprendido el arte del bien vivir y su sola presencia es una invitación a hacer una experiencia idéntica.
- En ningún momento pierde el sentido de lo esencial...ni la confianza en el Dios que conduce la historia...

¿Pero dónde encontraremos este sabio de Israel? En medio de nuestro pueblo, en el rostro de tantos hombres sencillos cuyas palabras aprendidas en el libro de la vida encierran una sabiduría superior a la de los libros. Palabras que nos llegan en los proverbios populares que recogen la historia, el pensamiento y la cultura de un pueblo.

El Catequista sabio es el que sabe justamente recoger la sabiduría del pueblo a través del cuento, la leyenda, el mito y el consejo. En una palabra, el que asume la memoria histórica colectiva, re-creándola "a la manera de Jesús" que, inserto en la cultura de su pueblo supo asumir su lenguaje y enriquecerlo humanizándolo desde la vida misma.

El Catequista sabio, encuentra en la sabiduría popular el auténtico sabor del Evangelio y por eso se coloca como discípulo, ante la experiencia cristiana del pobre, del oprimido y del ignorante "como vasijas de barro llenas de sabiduría".

Palabra de Maestro

Maestro es el que comparte su tesoro, la perla fina del Reino que pocos

logran encontrar. Maestro es el que acompaña en el camino "al estilo de Jesús", porque El es el camino. Maestro es el que dosifica el saber a la medida de sus oyentes. Maestro, en fin, es el título que se apropió Jesús y desde entonces hay un marco de referencia, una "pedagogía tipológica" para cualquier Catequista en cualquier lugar y tiempo.

No es posible detenernos en una demostración de la pedagogía de Jesús, revelada en esos textos paradigmáticos de Emaús y la Samaritana; o en el poema de las Bienaventuranzas y en tantos otros bien conocidos por cierto. Queremos más bien, recordar algunos elementos fundamentales de su pedagogía:

- Jesús parte siempre de situaciones concretas.
- Nunca habla de Dios sin antes haber escuchado al hombre.
- Cuando habla, lo hace con signos comprensibles y creíbles.
- No ejerce ningún tipo de violencia ni de imposición psicológica o moral. Sabe ser firme sin ser tirano y ser comprensivo sin ser débil.
- Es enormemente paciente con el ritmo de cada persona para llegar a la fe.
- Su mensaje se apoya más en la integridad de su vida que en su saber de Maestro. No juega con sus discípulos "al personaje".
- Cree mucho en las posibilidades de la persona. Para Jesús no hay casos perdidos.
- Su presencia y su palabra cuestiona a las personas, pero dentro de un profundo respeto a su libertad.
- No coexiste simplemente con los discípulos, sino que convive y comparte con cada uno.

Pero hay algo relevante en la pedagogía de Jesús que tal vez no hemos aprendido suficientemente: su capacidad *simbólica* que aparece en parábolas, narraciones y expresiones poéticas. Sin este lenguaje, es casi imposible evocar el misterio e introducirnos en él. Bien sabemos que este lenguaje conlleva algo y mucho de fantasía que tal vez hemos perdido en nuestras catequesis con las consecuencias que esto trae, no sólo para los niños sino también para el adulto. Muy bien lo señala L.Boff:

No creemos solamente con la cabeza que piensa y con el corazón que ama. También creemos con la fantasía... es a partir de ella como se dinamiza la esperanza y toma colorido la realidad... Sólo podemos captar lo que Dios prometió si usamos la fantasía porque la mente humana sólo piensa lo presente y piensa en Dios con conceptos sacados del mundo... Jesús mismo, cuando nos describe el Reino, usa imágenes sacadas de la fantasía: el tesoro, la semilla, el banquete... como propuestas de presente y de futuro (La Trinidad. Ed. Paulinas).

El Catequista Maestro es pues el que usa la fantasía y por ello será realmente ¡fantástico!

Palabra de Artesano

La catequesis es un arte y un arte superior según la expresión de Pablo VI. Si consideramos difícil definir el arte, cuánto más la acción del Catequista que siempre será única e irrepetible, como lo es la persona y el grupo en el cual resuena la Palabra. El Catequista es alguien que tiene en sus manos mil maneras de comunicar el mensaje como artista o como artesano, pero tal vez, lo hace a la manera del artesano que es menos estructurado que el artista, y por lo tanto más libre. Las obras del artista así sean originales resultan no ser tan vitales o necesarias como las del artesano. Este transmite vida, posibilidad de vivir a través de sus obras. Recordemos el carpintero, la costurera, el panadero, etc. Con razón Dios es llamado por el escritor sagrado: *el alfarero*. Alfarero de Dios es el Catequista que tiene en sus manos el instrumento de la Palabra en el hombre y en el Evangelio, que "la trabaja y moldea" a la manera de la vasija humana donde resuena.

Como artesano el Catequista no tiene otro instrumento para su obra que la Palabra: Sus oyentes son también palabras como él, y sus recursos videos e imágenes de todo tipo, son igualmente palabras prolongadas.

Artesano. ¡Qué título mejor puede darse al Catequista que trabaja con el único interés de comunicar el Dios de la vida para que todos tengan vida! Artesano, y como tal hombre sencillo, del mínimo salario y la máxima confianza en la palabra hecha carne. Catequista que trabaja con las manos, atento al corazón de su hermano y con la mirada puesta en el futuro.

Mil instrumentos distintos tiene que crear continuamente, porque la Palabra resuena siempre de una manera diferente en nuestra historia y en la de cada hombre...Catequista, que como artesano no puede trabajar en serie, por eso su trabajo es un "arte superior", un don que se manifiesta en su creatividad permanente para comunicar la Palabra. Mil instrumentos distintos tiene que crear porque la fe es una sinfonía, cada persona es una nota en el concierto del mundo, una imagen reveladora de la única revelación: Jesucristo. Por eso la mayor deslealtad de su oficio es caer en la rutina y estar ajeno a los procesos técnicos y científicos en los cuales debe involucrarse, para escuchar y proclamar la Palabra hoy.